

CAPITULO XIV

DIVISION DE LA CNT EN EL EXILIO Y SUS CAUSAS

Yo había asistido como delegado a algunos Plenos Intercontinentales donde las discusiones se desarrollaron de forma tumultuosa, lanzándose improperios contra delegados que no se lo merecían, como ocurrió en el Pleno Intercontinental celebrado en la Colonia de Aymare en el mes de julio de 1952, en el cual los compañeros suecos Anderson y Agustín Souchy fueron desconsideradamente zaheridos por un delegado marsellés. Las tareas del Congreso tuvieron lugar en un flamante gallinero que los colectivistas de la Colonia habían construido, y aquel «gallo» peleón, de afilados espolones, cada vez que abría su torvo pico era para hincarlo en el alma noble de aquellos hombres que, según él, se habían desviado de la trayectoria anarcosindicalista: el primero, en tanto que secretario de la A.I.T. y el segundo como influente de la nueva orientación de los Sindicatos anarcosindicalistas, suecos, pertenecientes también a la Asociación Internacional de Trabajadores.

Anderson era ya por entonces viejo, con 50 años de lucha a cuestas. Seguramente 40 más que el delegado de Marsella, cuyo nombre me reservo y que tanto atacó su dignidad y su personalidad de militante íntegro. Menos mal que el compañero sueco era un hombre ponderado, circunspecto, de temperamento pacífico y de una nobleza ejemplar. Apenas demostró en sus intervenciones la ofensa recibida. A mí y a otros delegados se nos caía la cara de vergüenza escuchando los disparates que dijeron a los compañeros de la SAC. Recuerdo que yo quise intervenir para mediar a su favor, pero me cortaron la palabra y no pude hacerlo. Mi compañero de delegación, Pérez Santos, de la Federación Local de Romans, salió en defensa de aquellos compañeros y lo que yo no pude decir, él lo dijo.

Las tareas de este Pleno Intercontinental de Núcleos duraron casi una semana, y como no se pudo nombrar el nuevo Secretariado Intercontinental, se nombró más tarde por referéndum, recayendo los cargos en Germinal Esgleas, como Secretario General; Coordinación, Florentino Estallo; Organización, Federica Montseny; Propaganda, Anto-

nio Morales Guzmán, y Administración, Valerio Mas. De director de CNT creo fue elegido José Peirats, en sustitución de Juan Ferrer. De esto no recuerdo bien.

Para conocimiento del lector, por si lo ignora, diré que la Colonia de Aymare, era una finca rural que la CNT de España en el exilio había comprado, en nombre de un compañero francés, en el departamento del Lot, cerca de Gourdon, en la cual se constituyó una Colonia para acoger compañeros viejos o enfermos de la organización. Esta requirió a unos cuantos compañeros válidos conocedores de la agricultura para que la explotaran en colectividad, cuyo producto contribuiría al sostenimiento de todo el personal allí instalado, en su gran mayoría inválido para el trabajo. Esta colectividad marchó más mal que bien una temporada, pero no tardó en proclamar el descrédito moral, técnico y financiero de la organización. Se lanzaron múltiples iniciativas para encontrar la prosperidad de la Colonia, pero todas resultaron nulas. Existe un proverbio que dice: «Quien mucho abarca, poco aprieta». Y esto nos sucedió a nosotros, libertarios, a través del exilio. Quisimos hacer tanto teóricamente, que en la práctica no hicimos casi nada, y lo poco que se hizo no alcanzó prosperidad apreciable, cuando no condujo al fracaso completo, como se produjo con la Colonia de Aymare, cosa que perjudicó naturalmente al conjunto de la Colectividad confederal.

El mal partía, a mi entender, desde que aquella se puso en función, pretendiendo cubriera unas necesidades superiores al valor productivo de la finca, como las que exigían el grupo de enfermos y de trabajo, con su correspondiente familia, el cual por mucho que trabajara para arrancar a las tierras de por sí mediocres lo necesario al consumo de la Colonia, de ninguna manera podía conseguir su próspero desenvolvimiento económico, sin la ayuda de la organización. O ésta le facilitaba los medios materiales o se vendría abajo la obra emprendida, como se vino. Se hizo algo para evitarlo. Pero ese algo se reveló insuficiente. Su solución no estribaba en los préstamos y aportaciones voluntarias u obligatorias pro-Aymare, que a la larga cansaron a los compañeros, al extremo que no deseaban que se les hablara de Aymare, porque comprobaron que todo lo que habían hecho por ella nada había solucionado, puesto que el problema quedaba en pie, agravado con la considerable deuda que arrastraba.

No podía ser de otra forma, dada la pesada carga que representaba para una organización como la CNT, cuyas únicas fuentes de ingresos eran las cotizaciones de sus afiliados, con las cuales tenía que hacer frente a los gastos producidos por una estructura «burocratizada», con cinco o seis cargos retribuidos y a los de una Colonia cuyos recursos no alcanzaban para que pudiera vivir independientemente porque comenzó a funcionar sin ellos y sin estudiar por adelantado las dificultades con que se encontraría para hallarlos. Yo admiraba la voluntad y buena fe de todos los compañeros que proyectaron solu-

ciones para Aymare, así como la de los que, henchidos de entusiasmo, fueron voluntariamente a trabajar a la Colonia, a expansionarse o en misión orgánica.

Pero hemos de reconocer que no se vive solamente de ideas. Quienes sostienen éstas han de prevenir los medios materiales de subsistencia. Yo veía cómo «fermes» con más posibilidades de producción que la de Aymare, quienes las explotaban con relativo desahogo debían rodearse de utillajes modernos e iniciar cultivo intensivo en todos los órdenes de la producción, si querían subsistir con relativo desahogo. Y con eso si las familias tendían a aumentar, algunos de sus miembros se veían obligados a buscar fuentes de ingresos en otras industrias. Si esto ocurría en campos de ubérrimo rendimiento, ¿qué era lo que podía esperarse del que, para que produjera regularmente, había de emplearse doble trabajo y doble gasto? Pues sencillamente su abandono, o bien reducir sus gastos de personal y manutención al alcance de su productividad, de la cual habría que haber dejado a quienes en ella trabajaban, fueran dueños y responsables, sin esperar ayuda material de la Organización. Esta tampoco debía aspirar a beneficio alguno, hasta tanto llegara un día en que, merced a una explotación racional y a una administración estricta, dispusiera de sobrante que permitiera contribuir al sostenimiento económico de la «vieja dueña», cabe decir, de la CNT. Esta no encontró mejor solución que la de vender la finca, pagar su deuda y si algo quedó sirvió para cubrir gastos de viajes y cargos retribuidos del Secretariado Intercontinental, aunque éste dijera que era para ayudar a los compañeros del Interior. No hubo Secretariado Intercontinental que no usase este pretexto o el de la ayuda a Aymare, hasta cansar al conjunto confederal y libertario de la base, siempre altruista y solidario si le pedían para los primeros o para la segunda.

No digo que los Secretariados Intercontinentales que se sucedieron en el exilio no prestaron ayuda a los compañeros de España. Alguna, aunque poca, les facilitaron, pero cada Secretariado lo hizo a su manera y conforme a las amistades personales de cada uno. En primer lugar porque en el tiempo que duró la dictadura franquista, la Organización que existió en el interior de España luchaba con grandes dificultades y con escasas posibilidades de relación exterior. Y en segundo lugar, tanto las individualidades como los grupos manifestaban criterios distintos en cuanto a organización, tácticas de lucha y principios, por lo que la ayuda que recibían del exilio, si la recibían, estaba condicionada al criterio que sustentaba el Secretariado Intercontinental de turno. Siendo esto una de las causas principales de la discordia que dividía a la militancia exilada.

* * *

Esta división se acentuó a raíz del Congreso que se celebró en Montpellier en 1965, en el que si sus tareas no se desarrollaron con las

mismas características de las del Congreso celebrado en París el año 1945, sus resultados fueron idénticos: dividir a la organización libertaria exilada más de lo que estaba. Y siempre por la misma causa: rechazo por una parte de la militancia y aceptación por otra de los acuerdos y posición marcada por los compañeros del interior de España, que actuaban desafiando el peligro, muchos de los cuales formaron parte de los veinte Comités Nacionales que cayeron en manos de la policía y cuyos miembros fueron condenados a muchos años de presidio.

La unificación de la organización firmada el primero de noviembre de 1960 por Ginés Alonso, en nombre del Subcomité Nacional, y Roque Santamaría Cortiguera, en nombre del Secretariado Intercontinental de la CNT de España en el Exilio, ratificada en el II Congreso Intercontinental celebrado en Limoges en agosto y septiembre de 1961, fue totalmente deshecha en el Congreso de Montpellier, donde la militancia confederal y anarquista dio un triste espectáculo.

Sus tareas fueron las más infaustas y caóticas de todos los Plenos y Congresos celebrados en el exilio. Allí se reunieron delegados de un número considerable de las Federaciones Locales que componían los Núcleos de Francia, Bélgica, Inglaterra y de algunos países sudamericanos, como México y Venezuela, con delegación directa o indirecta. Asimismo se hallaban presentes algunos delegados de la CNT del Interior, que al parecer traían un plan de unidad y de lucha que, según los representantes del Secretariado Intercontinental, desviaba a la organización por derroteros políticos y colaboracionistas.

Como otras veces, se enfrentaron las dos tendencias: la que apoyaba los acuerdos que traían los delegados de España y la que los rechazaba. Es un lado se encontraban los «buenos», los «puros», los «ortodoxos»; y en el otro los «malos», los «impuros», los «heterodoxos». Los primeros eran mayoría y tras insultar a los segundos y no dejarles hablar, tomaron acuerdos conformes a su orientación orgánica y concepción ideológica que, a decir verdad, era la misma que sentían los otros delegados calificados de políticos, colaboracionistas y traidores. Estos, al verse coartados y sin derecho a defenderse ni a defender sus puntos de vista, en número considerable se retiraron del Congreso y las Federaciones Locales y Núcleos que representaban rompieron con el Secretariado Intercontinental. Entre ellos el Núcleo de Inglaterra, dejando de pagarle los sellos de cotización. Igualmente hicieron algunas Federaciones Locales, tales como la de Toulouse, París y La Rosa, de Marsella; asimismo, algunos grupos de compañeros como el de Burdeos, naciendo entonces la organización de los que llamaron «marginalistas», a la cual se unieron los que fueron expulsados más tarde de la CNT exilada, porque manifestaron alguna simpatía por los marginalistas, cuya organización estaba formada por las Federaciones Locales antes citadas, los grupos de Presencia Confederal, la Federación Local de Grupos Anarquistas de Toulouse y los animadores de *Frente*

Libertario, periódico cuyo primer número salió en el mes de julio de 1970, convirtiéndose en portavoz de los llamados «marginalistas». Su inquietud más grande fue, en los siete años que apareció, la de conseguir la unidad del Movimiento Anarcosindicalista del Exilio y de España.

Frente Libertario fue el blanco de los periódicos de la organización oficial, representada por el Secretariado Intercontinental. Pero de sus dos semanarios *Espoir* y *Le Combat Syndicaliste*, fue éste el que más atacó la publicación «marginalista» y a los compañeros que la animaban, sobre todo, a su director, Fernando Gómez Peláez, al que por causas que no quiero profundizar, le tenía ojeriza el director de *Le Combat Syndicaliste*. Y, en honor a la verdad, debo decir que *Frente Libertario* mantuvo todo el tiempo que apareció una tónica notablemente anarcosindicalista, orientada hacia la recuperación de la militancia y unidad confederal, esquivando la polémica en cuanto le fue posible. Como este periódico no tenía el propósito de eternizarse en el exilio, sino de suspender su aparición tan pronto se encontrara estructurada la organización en España y se llegara a la constitución de un Comité Nacional, integrándose sus animadores a ella y poniéndose a su servicio como militantes. Así lo hicieron, publicando su último número en el mes de marzo del 77, conforme a los acuerdos de la conferencia que un mes antes habían celebrado los «marginalistas», en Narbonne.

* * *

No quiero dejar sin mencionar que la Federación Local de Grupos Anarquistas de Toulouse, que había roto con la FAI oficial exilada, hallándose por este motivo marginada, también dio a luz un Boletín titulado *El Luchador*, el cual apareció y dejó de aparecer por las mismas razones que *Frente Libertario*. Este Boletín, por su carácter de publicación interna, sus colaboradores (que firmaban casi todos con nombres supuestos) se permitió decir cosas sobre la conducta de algunos compañeros que representaban la organización oficial que *Frente Libertario* no se hubiese atrevido a publicar.

Por un lado, se hablaba de reconciliación y de unidad, y por otro, se fomentaba la división, sacando a relucir hechos, que si eran verdad no debían darse a la publicidad, pues, aunque se hiciera en una publicación interna, ésta corría de mano en mano, de capilla en capilla. Eso produjo una auténtica guerra de cartas y circulares que enviaban a un lado y a otro, llenas de veneno, que emponzoñaba a los militantes sinceros y desinteresados de la base, que lo habían dado todo por la causa anarcosindicalista y por conseguir la liberación de España.

Esa fue la razón por la que muchos, hartos de tantas querellas, se apartaron de la organización. El acceso a los cargos retribuidos fue una de las causas de tales querellas, pues había compañeros que

corrían tras los cargos para alcanzarlos, y otros, que estando en ellos, no querían dejarlos. ¡Y pensar que antes de nuestra guerra eran contados los cargos retribuidos que tenía la Confederación Nacional del Trabajo, pese a su millón y medio de afiliados!

Era muy difícil observar una actitud neutral en medio de estos dos frentes de lucha interna, pues en realidad ninguno de los militantes caracterizados y conocidos de ambos bandos, tenían razón. Porque todos, más o menos, habían ostentado cargos retribuidos en la organización y participado en sus acuerdos, acertados o descabellados, y lo que era peor, habían contribuido a crear el cisma de división y de dejación que la destrozaba, por lo que todos tenían por qué callar. Empero, esto no era óbice para echarse la responsabilidad los unos a los otros. Si te inclinabas a un lado, te llamaban reformista, político, desviacionista y otras hierbas, y si te inclinabas al otro, te llamaban sectario, dogmático, fanático y hasta lacayo incondicional de algún «destacado» militante en causa, considerado como el «padre prior» de alguna de las capillas.

Yo permanecía actuando dentro de la C.N.T., que los «marginalistas» dieron por llamar «oficial». Si alguno de sus hombres formaron grupos y capillas llevados de intereses, que no eran los de ella, conmigo no podían contar. Yo no era de Juan ni de Pedro; yo era solamente de la C.N.T., debiéndome a sus acuerdos, emanados de sus Plenos y Congresos. Los grupos específicos no me apasionaron, y nunca pertencí a ellos. Trataba, dentro de la C.N.T., de mantener mi personalidad y criterio propio, sin atizar el fuego que venía destruyendo la familia libertaria del exilio, cuyos miembros se conducían entre sí peor que enemigos. Sin embargo, para mí, tanto los de un lado como los del otro, eran compañeros. Tal vez con diferentes puntos de vista, pero sintiendo la organización confederal y sus ideas como yo podía sentirlos.

Me impuse como principio evitar entrar en pugna con unos ni con otros. Era difícil mantenerse en tal posición, pues, aunque pareciera cómoda, no lo era, porque en realidad tenía que nadar entre dos corrientes, a cual más peligrosas, sin dejarme llevar de ninguna de ellas. Y ni por una ni por otra estaba yo dispuesto a luchar, ni a pelearme con nadie. Equivocados o no, no censuraba la posición de los «marginalistas». Libres eran de reunirse y tratar de la forma que mejor veían de enderezar la organización, si con ello servían a su causa, aunque lo hicieran al margen de las reuniones llamadas «oficiales». Tanto los de un lado como los del otro, cuando se reunían y discutían sobre los problemas que el Movimiento Libertario y la C.N.T. tenían en el exilio, sobre todo su división, lo hacían de buena fe y con propósito de encontrar una solución de acercamiento o, al menos, de no agravar más el problema que nos dividía. Pero algunos «sectarios» de la organización oficial, en la que, como he dicho, yo continuaba militando, no consideraban que los «marginalistas» obraban de bue-

na fe, viendo en las manifestaciones de cualquiera de estos compañeros una influencia perniciosa para la organización.

De aquí que consiguieran poner en práctica en algunas Federaciones Locales un Dictamen que había sido aprobado en un Pleno Intercontinental de Núcleos, sobre «Responsabilidad militante», procediendo a expulsar a varios compañeros, acusados de «marginalistas». Esto, en vez de unir, lo que hacía era desunir, dándose el caso que en una Federación Local expulsaron a un compañero por los motivos citados, solidarizándose con él 15 afiliados de la misma, pidiendo la baja de ella, esto es, de la organización representada por el Secretariado Intercontinental.

Hubo compañeros conscientes y responsables militando en su lado, que sintiendo el mal que producía tal proceder, decidieron denunciarlo en las páginas de «El Luchador», abiertas a todos los militantes, pertenecieran a una parte o a otra, que quisieran exponer libremente sus puntos de vista sobre los problemas que nos atosigaban. Yo fui uno de tantos entre los que expusieron su opinión al respecto, en la publicación citada. En ella escribí una serie de 17 artículos. Cuatro de ellos, que considero los más relacionados con algunas de las causas que nos dividían, me permito transcribirlos a continuación, no sin antes aclarar que, para no influenciar en el ánimo de los compañeros que me conocían, los firmé con el nombre de Manuel Jarillo, segundo apellido de mi padre.

El primero de estos artículos se titulaba «LA RENOVACION DE CARGOS», y decía así: «Esto fue siempre norma en nuestra organización confederal y es necesario que continúe siéndolo de manera más frecuente que se viene haciendo. Así se procedía cuando estábamos en España, y así debió procederse en el exilio, si en éste no hubiésemos viciado parte de nuestros principios y virtuosas costumbres. Una de ellas, la renovación de cargos orgánicos más asiduamente. Ellos, en España cambiaban de titulares, lo máximo, al año de ejercicio. Y no todos los sindicatos dejaban que alcanzara tan largo período; algunos los renovaban cada seis meses, sin permitir que fueran reelegidos los compañeros salientes. A fin de evitar, por una parte, que se creyeran imprescindibles, y por otra, para fomentar el sentido de responsabilidad, y el de las obligaciones que tenían todos los afiliados de ocupar cargos en la organización, procurando ésta que no fueran siempre los mismos compañeros en regentarlos. Este ejercicio servía de escuela de capacitación, sobre todo a los novatos en las lides sindicales.

Por poco que fuera el tiempo que estuvieran formando parte de una Directiva o Comisión de Relaciones, era suficiente para que se compenetraran de la mecánica orgánica y llegaran a conocer más a fondo el desenvolvimiento de la organización y sus ideas manumisoras. Además, esta renovación periódica de nuevos compañeros en los cargos, facilitaba la contribución de todos al trabajo que los mismos

representaban, que como debían realizarlo fuera de las horas que ocupaban en la fábrica o en el campo, y sin remuneración o retribución alguna, el peso del mismo así compartido se hacía más liviano y sin demasiada prolongación. Cada uno aceptaba su parte, al ser elegido para desempeñar un cargo. No había compañero que dijera: «Yo no estoy capacitado, o tú no estás capacitado». Todos estaban capacitados, y el que no lo estaba, se capacitaba ejerciendo el cometido para el que le designaban sus compañeros. Cumpliéndose el dicho de «querer es poder». Y en España, entonces, todos queríamos y podíamos trabajar por la organización, cada cual conforme a sus facultades físicas e intelectuales.

Si bien es cierto que las aptitudes de todos los compañeros no son iguales, tampoco se ignora que lo que hace un hombre puede hacerlo otro hombre, siempre y cuando física y mentalmente esté equilibrado y no manifieste deficiencia. Uno podrá tener la inteligencia más despierta que otro, no tener el mismo alcance en concebir y percibir las cosas, pero, con más o menos diferencia, si se lo proponen, cada uno llega al fin perseguido, a realizar el propósito. La cuestión estriba, más que en otra cosa, en la voluntad, y en que ésta encuentre terreno propicio a su desarrollo.

En España, dentro de nuestro movimiento anarcosindicalista, hasta el más completo iletrado encontraba campo abonado para superar su analfabetismo. Hemos conocido en Andalucía muchos trabajadores que lo superaron tan pronto entraron en la C.N.T., y actuaron en sus sindicatos, donde respiraban un ambiente de enseñanza y superación de la clase trabajadora, en cuya escuela sindicalista libertaria, los maestros aprendían de los alumnos, y éstos de los maestros; los viejos tenían el apoyo de los jóvenes y los jóvenes de los viejos, sin complejos de edad que crea la hostilidad y la distancia entre los que nacieron antes y los que vinieron, o vieron el mundo, después. El trabajador que se adhiere a nuestra organización sindical, sea joven o viejo, es porque siente algo por ella y debe saber que, una vez dentro, queda sujeto a los derechos y deberes que tienen todos sus afiliados, desde el más capacitado al que lo es menos. A los gastos y al trabajo que dan sus cargos, todos deben hacerles frente, ser compartidos por igual.

No debemos consentir que sean siempre los mismos compañeros que los cubran y los sustenten, aunque su capacidad haya sido probada. Quienes no estén bien al corriente de la mecánica orgánica, se les enseña. Es así como se descubren y se crean otras capacidades, otros nuevos valores que, tal vez no tuvieron ocasión de desarrollarse ni de demostrarse hasta que ocuparon cargos. Conocemos compañeros en el exilio que harían de excelentes secretarios de Federaciones Locales, de Núcleos, incluso del Intercontinental; que llevarían la administración de tales organismos, sin que nada pudiera tachárseles, pero nunca fueron nombrados para esos menesteres, ni para otras cosas

que conllevan una responsabilidad personal y un trabajo favorable a la colectividad anarcosindicalista. Quizá por modestia, por carencia de ambición, no alardearon de sus cualidades, muy recónditas y por nadie observadas. Sin embargo, su firmeza ideológica, el amor que le tienen a la C.N.T. lo demuestran con su presencia dentro de ella, después de tantos años de exilio, sin claudicación alguna. Lo que decimos de los cargos de secretarios y administradores, lo decimos también de los directores y redactores de nuestras publicaciones. No faltan compañeros capaces de serlo, pero nunca se pensó en ellos para nombrarlos. De haber sido designados para desempeñar uno de esos cometidos, seguramente hubiesen impregnado de nueva savia la publicación que dirigieran, y con ello, habrían dado nuevo impulso a la propaganda de las ideas y fuerza vital a la organización.

Pero nada de esto se hace en el exilio hace ya tiempo. Lo único que se viene haciendo es eternizar los mismos compañeros en los cargos, saliendo por una puerta y entrando por la otra, contribuyendo con ello a la languidez y pobreza en que se encuentra actualmente nuestro Movimiento, tanto en lo espiritual, en lo material y en lo físico. Cosa que, por dignidad de militantes y respeto a los principios, que tanto decimos defender, no debiera admitirse ni aceptarse. A menos que se quiera la desaparición de la organización, y en este supuesto, inútil resulta todo lo que digamos».

* * *

El segundo artículo, «NUESTRO "TRIO" LIBERTARIO», empezaba así: «El título de este artículo tal vez no corresponda a su fondo, pues representa, más que otra cosa, una figura metafórica, de la que nos valemos para exponer la idea que nos proponemos. No se trata, naturalmente, de un trío musical o artístico de lo que queremos hablar, sino de nuestras tres ramas hermanas: la C.N.T., la F.A.I. y las Juventudes Libertarias, que forman un conjunto orgánico o ideológico, que de templar bien sus instrumentos hasta armonizar un desentonamiento, podrían ejecutar sin gran dificultad la elevada misión que a cada rama le está encomendada en el grandioso concierto de la lucha libertaria, sin que dejaran sentir ninguna nota discordante. Pero lejos se encuentra nuestro «trío» de llegar a la armonización que requiere su orquesta para poder conquistar la simpatía y admiración de los espectadores y oyentes del campo social. La desarmonización y disonancia de un trío proviene del hecho de que al interpretar una pieza musical, no se tiene en cuenta el papel que cada instrumento juega en ella, neutralizándose y anulándose entre sí.

Igual que les viene sucediendo a nuestras tres ramas hermanas, que no llegan a ceñirse al papel que cada una debe jugar en el concierto libertario. Cada uno de los instrumentos musicales tiene sus sonidos, propios a su misión especial en la obra a ejecutar.

Nuestras organizaciones tienen también su misión y características propias a realizar dentro de lo que es el conjunto libertario. No deben tampoco confundirse ni neutralizarse entre sí. Ha de saberse que la misión de las Juventudes Libertarias es la de convencerse ideológicamente, y la de capacitarse en todos los dominios del saber, para poder ser útiles, a su debido tiempo, al movimiento libertario en general. También se sabe que la misión de la FAI es la de propagar el ideal libertario en toda su pureza, de orientar a sus simpatizantes, valiéndose de la capacidad y convicción que deben poseer sus militantes. Y en cuanto a la misión de la CNT es la de las reivindicaciones morales-económicas y acciones sociales tendentes siempre a la consecución de la sociedad sin clases. Huelga decir que el cumplimiento de sus misiones han de llevarlo a cabo dentro de la soberana independencia de cada una de las tres organizaciones, sin inmiscuirse en ninguno de los asuntos que por separado les conciernen. Intervenir la CNT en lo que es propio de las Juventudes Libertarias, o en las de la FAI, o ésta en las de la CNT, es atentatorio a la independencia y a los principios federativos libertarios, que nuestras organizaciones encarnan y por los cuales deben regirse. No quiere decir esto que las Juventudes Libertarias y la Federación Anarquista Ibérica no tienen potestad para intervenir en las cuestiones de la Confederación Nacional del Trabajo. Creemos que tienen los mismos derechos que los cenetistas a tomar parte en sus asuntos. Pero entendemos que han de hacerlo en tanto que anarcosindicalistas y asalariados y no en nombre de sus organizaciones específicas.

Si sustentan y persiguen el mismo ideal finalista que el de la CNT, no deben considerar a ésta como menor de edad ni falta de consistencia ideológica para convertirse dentro de ella en los guardianes celosos de su pureza. Mucho antes que nacieran sus dos hermanas nació ella, llevando en su sangre el ideal anarquista. Si se desvió alguna vez de sus principios, como en nuestra guerra, no fue suya la culpa, sino más bien de sus dos hermanas, que la influenciaron y comprometieron. De haber intervenido su base entonces, federativamente, ésta hubiese rechazado su participación en el gobierno y en otros organismos políticos y militares en los que nada tenía que hacer, para darse de lleno a la revolución libertaria que había puesto en marcha en las fábricas, en las minas y en el campo; de acuerdo con lo que siempre preconizó y por la que luchó a lo largo de su existencia. Con su participación en las cosas de gobierno lo que se consiguió fue su desprestigio, como en otras anteriores acciones, que sus hermanas llegaron a realizar en su nombre, sin tomar tampoco el parecer a su base. Sin embargo es la CNT la que constituye el grueso de la fuerza libertaria que puede conseguir el triunfo de la revolución social e ideológica de sus iniciadores.

Sabemos que decir esto en casa es una herejía, pero siempre hubo en ella herejes que no respetaron la ortodoxia en uso, desafiando la

excomuni3n, con tal de decir lo que sentían. Nosotros también así lo hacemos, en la creencia de que lo que decimos sirva a la armonizaci3n y afianzamiento del anarcosindicalismo de la CNT, que si bien necesita la colaboraci3n y ayuda de todos los libertarios, no quiere decir que 3stos se conviertan dentro de su seno y en nombre de sus organizaciones hermanas, en sus manipuladores y guías, que no tienen en cuenta sus ideas, ni su federalismo funcional.

* * *

El tercer artículo, que tenía por título «EL INTOLERANTE», decía así: Permitásenos que hablemos hoy del intolerante. Este es un sujeto negativo. Un intransigente empedernido, que siempre tiene en su boca el no. Si el bravuc3n está en todo tiempo dispuesto a la pelea, el intolerante en ningún momento tolera la opini3n y acci3n del contrario. No deja pasar una, aunque la raz3n se lo aconseje. El intolerante sólo tolera su intolerancia. No hay más verdad que la suya. Inútil que el poeta le diga: "¿Tu verdad? —No; la verdad, y ven conmigo a buscarla." No irá, por cierto. ¿C3mo ha de ir creyendo, cual fanático religioso, que no existe otra verdad que la de él? Su roma inteligencia no concibe que la verdad de hoy, puede ser la mentira de mañana. Que lo que era bueno antaño, es malo hogaño. Que lo que servía ayer, no sirve hoy. Que un hombre consciente y libre no está nunca seguro si su verdad es la buena y justa. Duda e investiga continuamente, para ver si puede encontrarla. Pero, que nadie vaya al intolerante con tales «monsergas», que no escuchará aun cuando las pruebas sean evidentes y salten delante de sus ojos, cuyas retinas están faltas de voluntad de percepci3n.

Si alguna vez tiene el intolerante un gesto de tolerancia, cosa que se origina raramente, es por hacerle a uno un favor. Que hay que pagárselo, y encima, agradecérselo. Igual que sucede con el fanfarr3n cuando a alguien le perdona la vida. Diríamos que ambos elementos están cortados del mismo género, y se complementan.

El intolerante no solamente existe y se manifiesta en el campo político y religioso, sino también, en el nuestro, anarcosindicalista. Más de una vez lo contemplamos en nuestras asambleas cuando sale iracundo con sus "observaciones previas" o "cuestiones incidentales", cortándole la palabra a quien la tiene; pues en las reuniones no hay más palabra que la suya, y cuando la toma no la suelta hasta provocar el tumulto.

No admite que le contradigan. Sin embargo, habla de todo; de lo que sabe y de lo que no sabe. Hasta de la convivencia colectiva o comunitaria, habla. Ponderando sus virtudes en un régimen libertario. Sin tener en cuenta, claro está, que la base principal de la convivencia colectiva es la tolerancia. Sin ella, no es posible vivir en colectividad. Ni aun con su mujer e hijos. Esto está comprobado. La dis-

persi3n de muchas familias se debe, más que otra cosa, a la intolerancia de algunos de sus miembros.

Es esforzado y difícil vivir en comunidad. Pero lo es mucho más, cuando los que la forman no observan entre ellos una tolerancia recíproca. En este caso, su desintegraci3n y desaparici3n no se hace tardar, aunque su unidad y continuaci3n constituyan la completa satisfacci3n material de sus componentes. Estos no podrán conformarse con tal satisfacci3n, pues no sólo de pan vive el hombre. Tiene éste otras satisfacciones de orden moral y sentimental que no puede encontrar en una convivencia colectiva, donde la intolerancia predomina y no se respeta la personalidad ni los sentimientos de cada uno.

Cuando esto ocurre, busca entonces el colectivista situarse en una posici3n que le permita manifestarse y satisfacer su alma. Pero, por mucha raz3n que acompañe su actitud, el intolerante lo mirará de reojo y lo calificará de enemigo de la colectividad. A pesar de que continúe dentro de ella empeñado en pregonar y practicar el válido y verdadero principio: "Mi libertad comienza donde termina la de mi compañero, y la de éste, donde termina la mía." Pero, con ser ésto una cosa elemental y sabida, el intolerante la desconoce, aunque se precie de libertario. Y aun admitiendo que la conozca, no la practica, que es tanto como conocer el mal y no evitarlo. Puede el intolerante molestarte mil veces, sin pensar en el fastidio que te causa, que por modestia tú le silencias. Pero, si osas molestarle una sola vez, pondrá los gritos en el cielo hasta desgañitarse, protestando.

Si por casualidad te encuentras al lado de él en un vehículo o local cerrado, el humo de su cigarro te pondrá en estado de asfixiarte, pero si tratas de remediarlo, abriendo una ventana para cambiar y oxigenar la insoportable atmósfera, se precipitará malhumorado a cerrarla, por miedo a resfriarse e irritar sus bronquios, maltrechos por la nicotina, de cuyo alcaloide t3xico no sabe privarse. Pero sí sabe impedir a los que le rodean respirar aire puro y sano. Que el intolerante se envenene, libre es de hacerlo, y nos tiene sin cuidado. ¡Pero, por favor, que no envenene a los otros!»

* * *

El cuarto artículo que transcribo a continuaci3n fue el último de los diecisiete que escribí en *El luchador*. Fue una llamada a la concordia, por lo que lo titulé: «¡ALTO EL FUEGO, COMPAÑEROS!». «¿Hasta cuándo? ¡Basta ya, compañeros! Iremos bandera blanca de parte y parte, y hagamos la paz. Reconciliémonos cuanto más pronto mejor, si no queremos que la caída del régimen franquista nos sorprenda en las trincheras de nuestra lucha interna tiroteándonos los unos a los otros como implacables enemigos en absurda y brutal guerra. Si así sucediera, nula sería nuestra intervenci3n y nada podríamos hacer, en tanto que libertarios, por la causa de los trabajadores.

Estos, si se produjera en España un cambio político con posibilidades de poner en marcha, dentro de la legalidad, nuestras organizaciones sindicales, no nos perdonarían, si no llegamos a realizar algo positivo, por causa de no entendernos, por persistir en nuestras desavenencias y funestas querellas, que cada día nos distancian, y que podrían, si no fuera por eso, abrazar nuestras ideas y luchar por ellas como militantes conscientes.

Insistir en combatirnos no es de cuerdos, y nada gana la causa anarcosindicalista con ello, aunque nos creamos que es por ella por la que lo hacemos. La defendemos, cuando en su nombre, combatimos contra nuestro enemigo político, militar o burgués, pero no cuando nos peleamos entre nosotros, que sentimos el mismo ideal, aunque difiera en cada uno el concepto que se tenga de llegar más pronto a realizarlo, sin intervenir en la política, bien entendido. Pero si alguna diferencia existiera en ello, no es motivo para combatirnos innoblemente, sino para buscar pacíficamente la mejor forma de armonizar los criterios dispares y llegar a conseguir ponernos de acuerdo, a fin de conducir todos nuestros esfuerzos de libertarios hacia un mismo e inmediato objetivo: la liberación del pueblo español.

En esta gran tarea no debemos entorpecernos ni entorpecer a nadie. Ella necesita la contribución de todos nosotros, y de todos los españoles amantes de la libertad y de un mayor bienestar para España. Esto no podría conseguirse sin la desaparición del franquismo, por lo que debemos valernos de todos los medios a nuestro alcance para lograrlo. Y uno de ellos es dar por terminada nuestra lucha interna, utilizando nuestras armas contra la dictadura de Franco. Pues es también un error poco alentador afirmar, como hay quien lo afirma en casa y fuera de ella, que nada cambiará en España cuando el "Caudillo" desaparezca; que todo quedará como antes. Las cosas seguirán igual, si ése es el propósito de los que luchan contra su régimen ignominioso, y no existe una fuerza organizada y bien cohesionada de signo revolucionario y libertario, que influya poderosamente en los nuevos acontecimientos políticos y sociales que se avecinan.

Esa fuerza, nosotros, anarcosindicalistas, no podremos ayudar a crearla, si persistimos queriéndonos anular los unos a los otros, cuando ella precisa la colaboración de todos, y muy principalmente, de los trabajadores que tienen puesta su esperanza en nuestras ideas y organización. Defraudarlos entrañaría la pérdida del prestigio de la CNT. Tenemos que demostrarles lo que siempre fuimos, luchadores desinteresados, sin vanidad ni pretensión de querer ser unos más que otros. Pero esto no será posible si continuamos combatiéndonos y anulándonos como hasta aquí. ¡Basta ya, compañeros!»

* * *

Estas llamadas a la unidad, a la reconciliación de la militancia confederal y anarquista, como las que hicieron otros compañeros,

cayeron en el vacío; sus ecos no tuvieron repercusión alguna. Como no la tuvo el esfuerzo de los llamados «marginalistas» para entrar en contacto con el Secretariado Intercontinental, a fin de establecer una base de discusión que permitiera en un Congreso la libre intervención de ambas partes, y poder llegar con ello, a la imprescindible unificación del Movimiento Libertario en general, que exigían los momentos decisivos que vivía el pueblo español, con la enfermedad del «Caudillo», cuya muerte se daba ya por segura, en días próximos. El deseado Congreso tuvo lugar. Se celebró en Marsella en los primeros días del mes de agosto de 1975.

En sus deliberaciones no solamente no se invitó a los «marginados», sino que también se impidió a un número de delegados de la organización oficial manifestarse en favor de la unidad. Prevalciendo la voz de la incompreensión y la del sectarismo, que impuso sus reales. Es decir: ratificación de acuerdos anteriores, a lo largo del Orden del Día a discutir. Yo debía ir a este Congreso, como delegado de la Federación local de Izeaux. Pero se dio el caso que por aquellos días llegaba mi hermana de España, que venía a verme, pues cuando salí de Arcos de la Frontera, el 36, la dejé con 16 años y hacía 39 que no nos veíamos y no quise desplazarme a Marsella, sin antes verla.

En mi lugar fue el compañero José Díaz, de Grenoble, el cual no pudo defender los acuerdos de la Local de Izeaux. Sobre todo, el que considerábamos de más interés, concerniente al 4.º punto, apartado b). Que constaba en nuestras actas, en estos términos: «Apartado b). DEFENSA DE LA ORGANIZACION. RESPONSABILIDAD MILITANTE Y RECUPERACION ORGANICA. La Federación Local de Izeaux considera que la mejor defensa de la organización consiste en valorizar su personalidad, sus principios y tácticas anarcosindicalistas, evitando toda desviación que pueda confundirla con organizaciones políticas. Siendo éste un medio que también sirve para recuperar la organización. Pero esta recuperación no podría conseguirse si antes no se recuperan moralmente sus militantes, haciendo que renazca la confianza entre ellos. Pues cuando perdemos la confianza entre nosotros, libertarios, es la organización a que pertenecemos la que sufre, viniendo a menos, como sucede en el exilio, que no nos fiamos unos de otros. De aquí el «Dictamen de Responsabilidad Militante», que en mala hora fue aceptado, aunque fuera con propósito de mantener la pureza, el prestigio y la fuerza de la organización, pero que sólo ha conseguido agravar la desconfianza y su precaria situación en el exilio. Es por esto que la Local de Izeaux aboga por la anulación del "Dictamen de Responsabilidad Militante", y en consiguiente, por la reintegración, sin condiciones, al seno de la organización, de todos los compañeros que han sido expulsados a consecuencia del citado Dictamen. Asimismo, de todos los compañeros marginados, o que se encuentren fuera de la organización, por una causa u otra, y manifiesten el deseo de reintegrarse a la misma, con tal que observen sus principios fede-

ralistas libertarios. Considerando, de otra parte, también la Local de Izeaux, que si algunos de los citados compañeros se encontraran en el Congreso, con propósito de querer hacer oír su voz de anarcosindicalistas, se les conceda la palabra y que expongan su opinión, Pues la organización necesita la colaboración de todos los compañeros, sin discriminación alguna, estén dentro de ella o marginados.»

Iguales, o parecidos, fueron los acuerdos de otras Federaciones Locales, cuyos delegados, al defenderlos, viéronse obligados a cerrar la boca después de ser insultados por otros delegados que se llamaban anarquistas, pero que si algo tenían de tales era el nombre. Este incalificable proceder hizo que se retiraran del Congreso no pocas delegaciones, lo que fue causa que en el mismo terminasen triunfando los «mejores defensores» de la «integridad» de la CNT exilada, que, sin duda pretendían personificase su fanfarronería e intolerante fanatismo.

A partir de entonces, muchos compañeros que permanecieron siempre dentro del seno de la CNT, representada por el Secretariado Intercontinental, causaron baja en ella. Yo fui uno de ellos, y de los que firmé el Manifiesto, no el de los «treintistas», sino el de los «cuatro», que publicó *El luchador*, y que transcribo a continuación para conocimiento del lector anarcosindicalista que, en realidad es a quien puede interesar su contenido.

«POR UNA SOLA VEZ, POSICION CLARA Y CONCRETA ANTE EL CONGRESO DE LA CNT DE 1975

»Al necesitar acogimiento para expresar libremente nuestro criterio de militantes libertarios, de anarquistas de ayer y de hoy, hemos tenido bien en cuenta que nos sería imposible hacerlo en los habituales órganos de expresión de la CNT. Al no poder sincerarnos razonadamente en sus páginas por el hecho de ir contra corriente supuestamente mayoritaria (lo que no equivale, como es sabido, a poseer una mayoría el usufructo de la verdad) nos acogemos a las páginas de *El Luchador*. Vaya pues ante todo nuestro agradecimiento a los compañeros que editan este Boletín al darnos facilidades para expresar serenamente nuestro pensamiento. No sería honesto por nuestra parte el seguir actuando tras el último comicio celebrado en el seno de un organismo social como la CNT, cuya acentuada crisis buena parte de los firmantes de una y de otra manera hemos venido denunciando ya desde hace mucho tiempo, puesta la esperanza en que, a la postre, el Congreso de 1975 que acaba de celebrarse tendría el acierto de poner valerosamente el dedo en la llaga consiguiendo que en verdad fuera un *Congreso histórico* (cosa que cabía desear de un modo primordial, con miras a posibles y no lejanas eventualidades de actuación en España), en vez de ser uno más de esos intrascendentes Plenos cuya única virtud, descartada la altisonante retórica verbal, ayuna de ideas

medulares, que suele prodigarse por parte de algunos, se reduce a patentizar que la CNT en el Exilio pervive y que (condición de un alto valor moral) quedan en ella compañeros abnegados, sin que les haga mella el desgaste físico que producen los años.

»Los firmantes de este manifiesto, en tanto que anarquistas unos o muy vinculados con el anarquismo otros, teniendo todos de las ideas ácratas el sentido filosófico y moral del que nos ofrecieron enseñanza nuestros maestros: Mella Lorenzo, Nettlau, Urales y tantos otros, hemos considerado y consideramos que tanto si se está en el seno de la organización sindical (como es el caso de la CNT) o sin estar en ella, se pueden desarrollar actividades propagandísticas de carácter libertario en tanto que crítica y orientación social. Mas al ser anarquistas actuando dentro de la CNT, a la que hemos amado y amamos, puesto que ya de años atrás, en nuestros albores de militantes, en su seno se fue formando nuestra conciencia y conocimiento de libertarios, es muy lógico que ahora y siempre nuestro anhelo haya sido el contribuir a mantener nuestro organismo cenetista fuerte y bien cohesionado y con inteligente desarrollo de iniciativas. De no concurrir tales factores vitales en grado sumo y con el discernimiento necesario, no podemos engañarnos, debiendo aceptar que el valor real de la CNT, su efectiva importancia ha de ser bien limitada. Y, por supuesto, ello ha de dolernos a cuantos hayamos tomado las ideas en serio con criterio sencillo y abnegado, viviendo siempre *por el ideal*, sin pretender galardón alguno!

»El temario incluido en el Orden del Día del recién celebrado Congreso de la CNT es indudable que contenía puntos y apartados de capital importancia. Con miras a dar solución favorable a uno de los más evidentes motivos de crisis de la organización, el apartamiento de ella de un considerable número de militantes que aman a la CNT como el que más pero que por diversos motivos susceptibles de análisis no se hallan en su seno, cabía establecer el pertinente y sereno cambio de impresiones. En torno al punto en que se aludía a la “recuperación orgánica” y “robustecimiento de la organización” era menester, a tono con la realidad, examinar el problema desde los más diversos matices apreciativos; lo merecía porque en torno al mismo se hallaba, es decir, se halla centrado todo un posible robustecimiento y efectiva vitalidad de la CNT, en el presente y para el futuro. Desgraciadamente, la obcecación de tipo sectario, la ausencia de una inteligente percepción del problema prevaleció de un modo contundente, lamentable en extremo.

»Fue vergonzoso el espectáculo que tuvo lugar en ocasión de la intervención del compañero delegado de Nevers, al que hubo quienes abuchearon y lanzaron groseros insultos. Se impidió que razonara sus puntos de mira favorables a una vigorosa unificación en el seno de la CNT de cuantos con sinceridad sienten sus postulados y que con la mayor ligereza han sido expulsados o se han apartado ante las características de un clima orgánico que consideran inadecuado. También fue vergonzoso el *paqueo* de que fue objeto el delegado de Tar-

bes al ser tomada como *tremenda herejía* su insinuación de que se admitiera en el Congreso la presencia y explicaciones aclaratorias de alguno o algunos de los "marginados".

»Dada la trascendencia del tema, lo sensato hubiera sido de no querer escuchar las explicaciones de compañeros no integrados ahora en la CNT, el nombrar una ponencia encaminada a redactar un dictamen congruente, susceptible de dejar bien sentadas las características fundamentales aconsejables para una eficaz reunificación y robustecimiento confederal dentro de las fundamentales normas cenevistas, buscando eliminar las motivaciones de las discrepancias. Algo serio y consistente, pasando por encima de morbosas pasiones, por encima de interesados particularismos. Es lo que esperaban y deseaban justificar algunas delegaciones, de no haberse estrangulado el debate, como si se tratara de algo apestoso. Tenemos muy bien en cuenta que no todo es *trigo limpio* entre cuantos se hallan marginados o distanciados de la organización. Puede haber algunos, entre muchísimos, cuya conducta, cuya moral, cuyos procedimientos en las relaciones propias del ambiente libertario sean censurables y ello puede justificarse con pruebas irrefutables.

»Pero lealmente no se puede establecer en un sentido general y de un modo drástico el repudiar a quienes desean ser parte integrante de la CNT, razonando los motivos de haber estado fuera de ella. Además, se ha de tener en cuenta que es un absurdo considerable suponer que, en una parte, del lado de los "marginados" se hallan los *malos*, los *réprobos*, los *malditos*, en tanto que de la otra parte destacan con luz fulgurante los *puros*, los *íntegros*, los *incorruptibles*. No, no es con tan pobres tópicos apreciativos que ha de poder resolverse, *si es que se quiere*, el problema. Hay que decirlo así, puesto que no faltan quienes ponen en contra de una posible y aconsejable unificación una blanda serie de conceptos obstaculizadores, ellos sabrán con qué finalidad. No pretendemos, no obstante considerarnos libertarios, hasta ahora habiendo actuado en el seno de la CNT, ser los fieles depositarios de la verdad, los *auténticos poseedores de la razón*, del equilibrado sentir. De ahí que a nosotros no nos escandaliza el que unas ideas sean confrontadas con otras; que en los medios confederales y libertarios exista un constante libre examen, sin pretensiones de exclusivismos. Y esa crítica elevada, de tono constructivo, se ha llegado, dentro de la CNT, al extremo de considerarla más que innecesaria, perniciososa, logrando hacer germinar un clima de desconfianza en sentido psicológico hacia quienes han pretendido ir más allá de la abulia o la rutina... Seguramente hayan sido (como se dejó entrever en el Congreso) los amigos del diálogo elevado y constructivo, propiciadores de una CNT unida y tolerante, los adjetivados de "garbanzos negros", de minorías "pretendiendo imponerse a la mayoría".

»Se ha soslayado, no se ha tenido en cuenta, que al faltar un órgano de expresión, una publicación dentro de la CNT para emitir jui-

cios, crítica interna de tono sereno, ecuaníme, en torno a lo relacionado con la misma organización, algunos de nosotros han tenido que recurrir a órganos de expresión al margen de lo que se quiere llamar oficial. También se ha hecho caso omiso de aquellas iniciativas en sentido de organizar debates, jornadas de estudios, enfocando temas vitales y al día, relacionados con nuestras ideas. Otros sectores lo han hecho y lo hacen. Nosotros damos la sensación de saberlo ya todo... ¡Y es poco aconsejable el tono jactancioso que oculta la carencia de conocimiento! Cuando la CNT en el Exilio, hoy más que nunca, anda escasa de efectivos, se persiste en mantener una estructura burocrática que en el orden económico supone inversiones que podrían aplicarse o ser aplicadas a otros menesteres, como son la solidaridad y la propaganda. Máxime ahora que la organización cuenta con una mayoría de compañeros jubilados susceptibles de poder desarrollar normalmente el escaso trabajo que se deriva del reducido número de afiliados. Ya sabemos que es en España donde hay una labor considerable a realizar. También con respecto a los muchos miles de emigrados económicos españoles que hay en Europa. No se han sabido estudiar a fondo las características de propaganda y proselitismo en el interior y en el exilio. Repetir y alargar una extensa "declaración de principios" no lo estimamos censurable, pero creemos desacertado el no haber concedido la importancia que tiene, contrarrestar con la nuestra, seriamente estudiada, la obra de proselitismo que en España y en el exilio hacen diversos sectores políticos.

»En suma, no vamos a extendernos en comentarios, puesto que sería tanto como escribir un opúsculo señalando particularidades que no se han tenido en cuenta en el curso del Congreso de Marsella. Algo hemos apuntado. Es lo suficiente para que nos haya determinado a tomar la solución, que hacemos pública en ambiente de libertarios, en tanto que militantes que al razonar una disconformidad justificada con solidez de argumentos, tengamos que atenernos, por ausencia de debate adecuado, a la tajante "ley de mayoría", a la famosa "ley del número", magistralmente definida por el anarquista Ricardo Mella, la que, se use donde sea, nada tiene de común con la *ley de la razón*. Allá cada cual con su responsabilidad; la nuestra está bien meditada al darnos de baja, por ahora, de la Confederación Nacional del Trabajo.

»Nos damos de baja de un organismo social que consideramos no ha sabido estar a la altura de las circunstancias, por ausencia de una inteligente facultad de análisis, que no se ha sabido o no se ha querido desarrollar. Pero nuestra actitud no significa, no supone que abdicamos de nuestra personalidad moral de libertarios, de anarquistas en activo. Ni estamos cansados ni hemos dejado de ser lo que siempre hemos sido. Por el ideal ácrata hemos bregado y seguiremos bregando. En favor de la propaganda libertaria, en pos de lo que sea expresión de justicia y de libertad hemos estado y estaremos. Tenemos criterio

propio para determinarnos. Si en el exilio, o mejor en España, consideramos que la CNT ha logrado superar deficiencias en su orden orgánico, nos será satisfactorio el reingresar de nuevo en ella y actuar en su seno como lo hemos hecho durante años.

»Es posible que nuestra actitud, deliberadamente o no, sea mal interpretada, que se pretenda deformar, sin juzgarse a sí mismos quienes lo hagan, lo que en nosotros son sanas intenciones. La murmuración es libre y de ella no se han librado incluso algunos de nuestros más esclarecidos pensadores anarquistas. Por supuestos libertarios se trató de manchar, en su día, la personalidad moral de un Eliseo Reclus, de un Anselmo Lorenzo y de un Sebastián Faure. Si se llegó a murmurar de ellos, que sabemos alcanzaban singular relieve intelectual y acrisolada conducta ética, nada de extraño ha de ser que la irresponsable murmuración nos alcance a nosotros, que no teniendo moralmente nada que reprocharnos, es evidente que no estamos a la altura intelectual de ellos. Murmurar es fácil, probar lo que en sentido peyorativo se pueda decir ya no es igual. Por si hubiera compañeros que llegaran a hacerse eco de suposiciones de elementos malpensados (que siempre los ha habido, incluso en nuestros medios) declaramos que no se nos encontrará ni aceptaremos invitación para ingresar en sectores de tipo reformista, de formación contraria a lo que es fundamental en las ideas anarquistas. Por una sola vez hemos querido sentar una posición, clara y concreta respecto al rumbo que viene llevando la CNT. En todo diálogo, en todo debate constructivo se nos puede encontrar. No nos interesa la polémica estéril y corrosiva. No falta tarea en el campo social. Haga cada cual lo que estime pertinente. Nosotros haremos lo nuestro. Es cuanto deseamos decir.

»Vicente Galindo (Fontaura)

»José Hiraldo, Manuel Temblador y Daniel Morchón.»

CAPITULO XV

PUBLICACION DEL MANIFIESTO «POR UNA SOLA VEZ...» MI BAJA DE LA CNT EXILADA Y FIN DE ESTAS MEMORIAS

No quiero dejar sin insertar en estas Memorias copia de la carta que envié a la Comisión de Relaciones del Núcleo a que pertenecía la Federación Local de Izeaux, anunciándole mi determinación de darme de baja de la CNT exilada. El texto es éste:

«A LA COMISION DE RELACIONES DEL NUCLEO SAVOIE-ISERE DE LA CNT DE ESPAÑA EN EL EXILIO

»Estimados compañeros: Consciente de mi responsabilidad y sabiendo lo contrariados que se sentirán los compañeros del Núcleo, me es penoso informaros que a partir de hoy causo baja voluntaria de la que impropriamente se continúa llamando "CNT de España en el Exilio", cuyo centralismo e inmovilismo burocrático quedan evidenciados en los acuerdos tomados en el Congreso últimamente celebrado en la ciudad de Marsella.

»El hecho de darme de baja de la citada organización no me quita el derecho de continuar amando sus ideas, ni de seguir luchando por ellas situado en otras posiciones que considero más positivas y conformes a mis sentimientos de anarcosindicalista, que las que la CNT mantiene en este largo, decrepito y decadente exilio, que pudiendo, no ayuda en lo que cabe a la lucha de los compañeros de España. Me permito, al mismo tiempo, participaros que como he venido tantísimos años ocupándome de la cotización y secretaría de la simbólica Federación Local de Izeaux, porque entre sus pocos afiliados ninguno quiso ni quiere hacerlo, al causar yo baja de ella, podéis considerarla disuelta, sin que deba nada a la administración del núcleo por haber liquidado su cuenta.

»Espero que todos los compañeros sabrán excusarme de mi decisión y me permitirán que exprese en estas líneas la admiración y respeto que les tengo, por su constancia y sacrificio en la lucha que

han sostenido a través del exilio, a la par que les saludo muy fraternalmente, quedando mi casa siempre abierta a todos.»

Izeaux, 10-IX-1975.

Sólo yo sé lo mucho que reflexioné antes de tomar la determinación de darme de baja de una organización en la que hacía 45 años que militaba en ella, nueve en España y 36 en el exilio. También sabía que algunos de mis amigos me lo reprocharían. Y esto no se hizo tardar. Al poco tiempo recibí varias cartas de compañeros, con los cuales me relacionaba asiduamente. Unos, aprobando mi decisión, y otros, los menos, censurándola. Doy a conocer un resumen, de dos de ellas, solamente; una, contra mi determinación, y otra, a su favor; ambas evidencian el ambiente irrespirable que existía dentro de la CNT exilada, del cual quise apartarme antes de asfixiarme. ¡No, no podía soportar más tiempo tal enrarecimiento! Yo no era, ni soy, un conformista. Seguramente que tampoco lo eran, ni lo son, porque todavía viven, los dos amigos, cuyas cartas, resumo, omitiendo sus nombres. El primero me decía en la suya: «El toque de alarma que dais en el manifiesto publicado en *El Luchador*, evidencia la dignidad anarquista misma. En el movimiento libertario entero pasa un poco como en nuestra Regional Andaluza, que llegó a morir en el exilio por culpa de ese liderismo que todos llevamos dentro. Hay "compañeros" en nuestro movimiento que estarían mejor en un partido político cualquiera. Lo peor es que decimos ser de los buenos...», etcétera.

El segundo amigo me decía en su carta: «Para colmar el vaso de las preocupaciones, antes de recibir tus noticias con la muerte de nuestro Bienvenido Manzano, habíamos leído en una reunión de la Comisión, vuestro manifiesto. Todos vieron la cosa como una consecuencia desgraciada de la forma en que se vienen produciendo los acontecimientos dentro de la organización oficial desde hace ya un período demasiado largo de tiempo. Mi primera reacción, sin que la diera a conocer a nadie, fue la de escribirles a los compañeros que editan *El Luchador* una carta abierta, ya que ellos también si no han tomado parte en el documento, están de acuerdo con su contenido. El tiempo disponible me privó de hacerlo y después me he alegrado porque nuestra amistad me hubiese reprochado haberlo hecho. Yo estoy de acuerdo con casi todo lo que exponéis en ese escrito, porque lo considero una repulsa firme y razonada a la manera tozuda e irrazonable en que se vienen produciendo frente a los que no pueden comulgar con piedras de molino desusadas y dañinas para todo lo que se llame libertario, máxime en los momentos porque atraviesa España.

»En lo que no estoy de acuerdo es en que hagáis una declaración dándoos de baja de la CNT. Esto lo considero falto de reflexión o de ligereza de pensamiento, pues conociéndoos a todos, os tomo en mi

«mismo barco» cuando me considero parte de la CNT y tanto si me encuentro con otro u otros compañeros reunidos como si me encuentro solo, yo soy la CNT. Quiero decir que esta sigla forma parte de mi propio ser, y lo mismo sé que forma parte del vuestro, y en este caso yo me apartaré de ella cuando deje de existir; no de otra forma. No me cabe duda que vosotros pensáis de igual forma y por eso no me entra en la cabeza que al hacer tal declaración habéis pensado principalmente en repudiar a ese puñado de fanáticos e irresponsables que hoy manejan a la organización oficial; pero con ello no estoy seguro de que hayáis beneficiado ni a la organización ni a vosotros mismos. Fontaura, Temblador, José Hiraldo y Daniel Morchón no pueden darse de baja de la CNT porque la CNT son ellos. ¡Dejémonos de absurdos!»

No obstante lo dicho por este compañero, la verdad era que nos habíamos dado de baja de la CNT exilada. Yo digo bien, de la CNT exilada, que no era la CNT que quedó en España cuando terminó la guerra, cuyos militantes, el que no había muerto, se encontraban en las cárceles o en libertad haciendo miles de sacrificios para reconstituirla de nuevo en medio de continuas represiones, que no sufríamos los cenetistas exilados y que de ninguna manera podíamos considerarnos que éramos la CNT; a lo sumo, cada uno por separado, una partícula de ella, con más o menos influencia en su organismo, según el valor moral e intelectual de cada uno de sus componentes, bien se encontraran en el exilio o en el interior de España. Mas su masa, su fuerza era en España donde estaba esperando el momento de poderse manifestar con toda libertad y demostrar su capacidad y sentimiento anarcosindicalista.

El compañero autor de la carta última no pudo pensar que siete meses más tarde de la fecha en que la escribió nos encontraríamos ambos en un pueblo de Andalucía buscando a la CNT que dejamos cuando en el 39 salimos de España y por la cual fueron todos mis desvelos en el exilio.

Treinta y seis años, día tras día, con el pensamiento puesto siempre en España, en el pueblo que me vio nacer, en mis compañeros de trabajo y de lucha que allí quedaron envueltos en el más espantoso terror de un gobierno fascista, que les impuso un régimen obscurantista, de falacia, de lobreguez desoladora cual noche tormentosa, sinestra y sin fin...

Mientras tanto, muchos «exilados» se habían hecho franceses, perdiendo su nacionalidad española; se construyeron casa, compraron auto y pasaban sus vacaciones, como turistas, en la Costa Brava, volviendo de España muy satisfechos y elogiando el progreso realizado en el «paraíso franquista». No tengo que decir que no pocos «libertarios» hicieron igual que esa categoría de «refugiados». Ahora que sabían ponerse a bien con su conciencia, cotizando en la organización los sellos confederales un año por adelantado para después quedar tranquilos contribuyendo a la suscripción «Pro-España Oprimida», hacien-

do constar sus nombres con todas las letras y si se terciaba asistían e intervenían en algunas reuniones en las que se manifestaban más revolucionarios y anarquistas que Fermín Salvochea. Incluso, si lo creían necesario, calificaban a cualquier compañero de «desconfederado» o «desviacionista», porque no tuviera el mismo criterio que ellos de la lucha antifranquista y libertaria del exilio.

Este, con la muerte de Franco y la constitución del gobierno de Adolfo Suárez, dejó prácticamente de existir. Porque la mayoría de españoles exilados que no habían vuelto a España desde que entraron en Francia cuando perdimos la guerra, solicitaron pasaporte en los Consulados. Yo fui uno de tantos y conmigo mi compañera.

Ambos habíamos poseído hasta entonces el Certificado de Refugiado, extendido por el «Office des apatrides» francés que hubimos de entregar en el Consulado español a cambio del pasaporte. Aunque en la fecha que lo obtuvimos no se había restablecido todavía en España oficialmente la libertad de reunión, asociación y de palabra, careciéndose de garantía, era tanto nuestro anhelo de volver a nuestra tierra y de entrevistarnos con los compañeros de nuestro pueblo, con los cuales manteníamos relación, que en el mes de julio del 76 nos presentamos en Arcos de la Frontera de donde hacía 40 años justos que habíamos salido, empujados por los tristes acontecimientos que conoce el lector.

Ver de nuevo nuestro pueblo natal y sus calles, empinadas y tortuosas, que tantas veces recorrimos siendo jóvenes, nos pareció un ensueño. Uno de esos ensueños de los muchos que habíamos tenido en nuestro largo exilio, cuyas figuras fantasmagóricas se nos representaban en la imaginación, ahuyentándose al despertar. Empero esta vez el ensueño fue una realidad. Jamás en nuestra vida habíamos abrazado con tanto gozo y alegría a la familia y amigos que encontramos. El afecto que de su parte nos prodigaron fue también inmenso y caluroso. Tuvimos ocasión de entrevistarnos con bastantes compañeros, en su mayoría cargados de años y de temor, al extremo que no creían que yo tuviera el atrevimiento de presentarme por allí después de 40 años de ausencia, de lucha antifranquista y libertaria sostenida en la guerra y en el exilio.

Era muy comprensible en ellos este temor todavía, si se tiene en cuenta que en la provincia de Cádiz y muy particularmente en los pueblos de Arcos y de Jerez de la Frontera, que fueron donde más tiempo permanecí en mi recorrido, la reacción siempre se caracterizó por su crueldad y donde el señoritismo andaluz se vengó con más saña con los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo. En estos dos pueblos y en toda la comarca las ideas anarquistas tuvieron mucha influencia entre las clases trabajadoras campesinas. Los que conozcan su historia no podrán desmentirme. En los días que estuve por allí recorrí lo que pude y de haber dispuesto de coche personal, como hoy disponen un gran número de obreros, hubiese recorrido toda Andalucía.

Pero mi viaje de Francia a España y demás desplazamientos los hice en tren o en autocar y sólo pude visitar algunos pueblos de la provincia de Cádiz y su capital. Por cierto, que el día que la visité, el *Diario de Cádiz* había publicado una nota de un grupo de militantes de la CNT de los Astilleros presentando reivindicaciones dentro de «Plataforma Unitaria». Pero como no llevaba dirección alguna, porque los compañeros de Arcos de la Frontera no pudieron facilitármela, no me fue posible localizar ningún militante del grupo citado. De otra parte, el hecho de que un grupo de militantes se manifestara en la ciudad de Cádiz y en la prensa, dentro de «Plataforma Unitaria», creó en mí cierta duda y reserva sobre su autenticidad. Me fue extraño que militantes de la CNT, anarcosindicalistas verdaderos, conocedores de la historia del partido de la Dolores y de Carrillo, hicieran causa común con «Plataforma Unitaria» creada por Comisiones Obreras, de origen comunista, muy activas en la región.

Precisamente por aquellos días se habían presentado en Arcos dos emisarios de las mismas, consiguiendo reunir a su alrededor en un paseo, una docena de obreros en paro, no tardando diez minutos para que se presentaran el teniente de la Guardia Civil acompañado de una pareja y los dispersaran, diciéndoles que allí no era lugar de reunión. Cada obrero partió por su lado sin que supieran si los tales emisarios eran los de Comisiones Obreras, que por entonces recogían cuartos entre los trabajadores a título de colecta, para sufragar los gastos de un «Congreso sindical» de los obreros del campo andaluz, que decían querían celebrar. Seguramente que eran de los de Comisiones Obreras.

Como era seguro que si se quería que resurgiera la CNT sin mixtificación alguna por aquella parte, habría que trabajar en serio ayudando moral y materialmente a los pocos compañeros que quedaban, haciendo todo lo posible para evitar que cayeran en el cepo que les tendía Comisiones Obreras, sembrando el confucionismo con sus tácticas «unitarias». Pues los compañeros que entrevisté todavía no se habían decidido a emprender un plan de reorganización confederal. En los pueblos que estuve de la provincia de Cádiz, con ser ellos de solera anarcosindicalista, como Arcos y Jerez de la Frontera, no encontré hecha organización alguna. La relación no existía de pueblo a pueblo entre compañeros. Ni de forma franca, entre los de un mismo pueblo. Mantenían entre ellos cierta reserva. Había miedo, faltaba ánimo y seguramente también compañeros jóvenes dispuestos a afrontar el peligro que por aquella parte conllevaba todavía entregarse a una actividad encaminada al resurgir de las organizaciones libertarias, públicamente, como ya se venía haciendo en otras comarcas y regiones, pero que en Andalucía y sobre todo en la provincia de Cádiz su militancia daba muy pocas señales de vida. Esta insuficiencia se va superando, ya que de aquella fecha a esta parte se ha hecho mucho.

Hay ya un número de pueblos organizados donde se hace sentir

la voz de la CNT, entre ellos Arcos de la Frontera, gracias a la diligencia de Manuel Padilla, Bartolomé Porrúa, Antonio Hidalgo, mi hermano Antonio y otros compañeros más que no menciono.

Mi compañera y yo teníamos pensado fijar residencia definitiva en Arcos, pero estábamos obligados de volver a Francia si queríamos que la Seguridad Social nos liquidara la jubilación y quedar libres. Yo la había alcanzado ya, pero no así mi compañera que le faltaba un año de trabajo para llegar a los 60 y cogerla anticipada. Pudiendo con ello residenciarnos en España sin problema económico. Porque lo que eran los lazos de familia no constituían un gran impedimento que nos retuviera en Francia. Solamente teníamos un hijo, que se había casado con una francesa y ambos ejercían de profesores en un Liceo de Tolosa, a 600 kilómetros de donde habitábamos. Viéndonos de tarde en tarde, lo máximo una o dos veces al año. De fijar nuestra residencia en España, también podríamos vernos de tiempo en tiempo. Ahora no había distancias largas. Los medios de transporte rápido, no faltan. Lo que podía faltarnos eran los cuartos.

Pero en tanto que jubilados y pensionistas más podía faltarnos la fuerza física para desplazarnos que los medios económicos para hacer un viaje de vez en cuando. Además, los hijos también podrían venir a vernos a nuestro pueblo. Mas de éste tuvimos que partir para Francia por las razones expuestas. Pero no sin antes establecer relación con la CNT de España, a la que me reincorporé dándome de alta en el Sindicato confederal «Fraternidad Obrera» de Arcos de la Frontera, reconstituido a los 40 años de suspensión y usurpación de su local por la Falange, y que ahora lo tenía el Ayuntamiento alquilado a varias familias, prometiendo el alcalde encontrarles alojamiento y dejarlo desocupado y a disposición de la organización anarcosindicalista, ya que era de su propiedad.

* * *

En este caso, como prueba de la lentitud administrativa o de una evidente mala voluntad, en cuanto se refiere a la devolución del patrimonio usurpado por el franquismo, quiero reproducir a continuación el documento acreditativo de la propiedad y vicisitudes de la finca del Sindicato «Fraternidad Obrera» de la CNT, y que hasta principios de 1980 en que ve la luz este libro, sigue sin ser devuelto a sus legítimos poseedores.

Dicho documento, que figura en el Registro de la Propiedad de Arcos de la Frontera, dice así:

«REGISTRO DE LA PROPIEDAD DE ARCOS DE LA FRONTERA.
— Al folio 192 vuelto del tomo 385 del archivo, libro 161 del Ayuntamiento de esta ciudad, finca número 2446 duplicado, figura la inscripción 160, la cual copiada literalmente dice lo que sigue:

»URBANA: Tres almacenes bajos sobr la bodega de la calle Silla, situados en la calle del mismo nombre, hoy Antonio Cremona, de esta Ciudad, descritos en la transcripción primera e inscripción novena que preceden a las que me refiero, por ser su descripción conforme con la que se hace en el documento que motiva este asiento. Según dicho documento, esta finca se encuentra libre de gravámenes, resultando del Registro en cuanto a cargas, lo que consta de los anteriores asientos. En el citado documento no consta el valor de esta finca. *La Sociedad «Fraternidad Obrera» de Arcos de la Frontera es dueña de esta finca de este número, por haberla adquirido por título de compraventa en subasta pública según resulta de la anterior inscripción novena. Por la Comisión Central Administradora de Bienes incautados por el Estado se acordó en sesión por ella celebrada el día siete de julio actual, la incautación definitiva de todos los bienes que pertenecieron a la citada Sociedad «Fraternidad Obrera» de esta Ciudad y también la de los que fueron de la Agrupación Socialista de Oficios varios de Villamartín, que han pasado a la propiedad del Estado en virtud de lo dispuesto en el artículo segundo del Decreto número ciento ocho, de la Presidencia de la Junta de Defensa Nacional de fecha 13 de setiembre de mil novecientos treinta y seis, y se acordó también que tales bienes, que son la finca de este número de la propiedad que fue de la Sociedad «Fraternidad Obrera» de Arcos de la Frontera y otra más que perteneció a la Agrupación Socialista de Oficios varios de Villamartín, se inscriban en este Registro a favor del Estado, en cumplimiento de lo acordado por la referida Comisión Central Administradora de bienes incautados por el Estado y de lo dispuesto en la Orden de la Presidencia de la Junta Técnica del Estado de diecinueve de febrero de mil novecientos treinta y siete. En su virtud, inscribo a favor del ESTADO la finca de este número. Los asientos y operaciones que se practiquen con relación a otra finca que se comprende en el mismo documento como de la propiedad que fue de la Agrupación Socialista de Oficios varios de Villamartín se indicarán en la nota marginal del asiento de presentación que se dirá. Todo lo referido consta del Registro y de una certificación del acta de la sesión referida celebrada por la Comisión Central Administradora de bienes incautados por el Estado el día siete del mes actual, cuya certificación expedida en Burgos con fecha ocho del mismo mes corriente por el señor Secretario de aquella Comisión Central, don Cruz Usaloñe y Gracia, con el visto bueno del señor Presidente de la misma Comisión, se presentó en este Registro acompañada del correspondiente oficio de remisión firmado por el señor Presidente de la tan mencionada comisión, en Burgos, con fecha diez del corriente mes a las once horas de ayer, según el asiento de presentación número cuatrocientos nueve, folio ciento cincuenta y cinco del tomo cuarenta y nueve del Diario; quedando archivado el referido Oficio de remisión en su legado correspondiente. Exento del Impuesto de Derechos Reales, según nota al pie del documento de la Abogacía del Es-*

tado de Burgos. Y siendo conforme todo lo dicho con los asientos y documentos a que me refiero, firmo la presente en Arcos de la Frontera a diecisiete de julio de mil novecientos treinta y siete.»

Posteriormente, la Comisión Interministerial Calificadora de Bienes sindicales Marxistas, creada por Decreto de la Presidencia del Gobierno de 14 de diciembre de 1940, en sesión celebrada el día 26 de agosto de 1941, acordó declarar propiedad de la Delegación Nacional de Sindicatos de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, la finca descrita anteriormente, que perteneció a la Entidad denominada «Fraternidad Obrera» de Arcos de la Frontera, con arreglo a lo dispuesto en la Ley de 23 de septiembre de 1939 y su Reglamento, inscribiéndose esta misma finca a favor de dicha DELEGACION NACIONAL DE SINDICATOS DE FET y de las JONS, en virtud de una certificación librada en Madrid el 29 de diciembre de 1941.

Y por último, la misma Delegación Nacional de Sindicatos vendió esta referida finca al Excmo. Ayuntamiento de esta Ciudad, representado por su Alcalde Presidente don Federico Carreteros Raga, quien la tiene inscrita actualmente por la inscripción 12.ª, obrante al folio 194 del tomo 385 del archivo, libro 161 del Ayuntamiento de esta Ciudad, finca número 2246 duplicado, en virtud de una escritura otorgada en esta Ciudad ante su Notario don Bartolomé Gil Socii, el once de mayo de mil novecientos cuarenta y nueve.»

* * *

Ya he llegado al término de esta historia. La dejo en el mismo punto de partida que la comencé. El recorrido ha sido largo, increíble. ¡Quién podría decirme que lo haría en las condiciones que salí de Arcos y que volvería otra vez a este pueblo a los 40 años! Nadie. Sin embargo, así ha sido. ¡Cuánta lucha y sacrificio! ¡Cuántos millares de víctimas tuvo el pueblo español a lo largo de todo ese tiempo de fascismo! No lo sabe cierto, porque no pudo contarlas, pero sí cada familia echa de menos en su casa las suyas, el resultado es aterrador.

¿Y todo para qué? Para volver al mismo o parecido régimen «democrático burgués», con todos sus problemas insolubles, régimen que derribó el franquismo en armas. Y el cual, con su solapada o abierta inserción en las altas esferas de la política y la economía, fomentando atentados y desequilibrios, no renuncia a intentar de nuevo su implantación.

Para este viaje no hubiese necesitado alforjas, es decir, hacer tantas víctimas. Es de esperar que los trabajadores españoles, el pueblo en general, no consienta que se repita la historia. Como también cabe desear que se valga de su inteligencia, de su capacidad de organi-

zación y fuerza productiva para consolidar la libertad que le ha sido concedida e imponer un sistema social y económico que beneficie por igual a todos los españoles, eliminando con ello las causas que motivaron la última guerra civil en España, evitando que ésta caiga otra vez en el fascismo o en el comunismo autoritario, que sería lo mismo.

* * *

No querría, antes de que el lector abandone estas páginas, dejar de referirme a un aspecto importantísimo que como trabajador y libertario me preocupa grandemente, y que no es otro que la grave situación creada últimamente en la C.N.T., como consecuencia del Congreso celebrado en Madrid, en diciembre de 1979.

Ya ha quedado claramente expuesta mi posición en los absurdos y negativos enfrentamientos producidos en el exilio entre los llamados «puros» y los «reformistas». Pienso que el actual problema es consecuencia lamentable de aquéllos y que va a ser preciso un gran esfuerzo y serenidad para que la Organización resurja de estas convulsiones.

Debemos pensar que, sin caer en el nefasto culto a la personalidad, no se pueden olvidar y despreciar los hombres y los hechos que hicieron de la C.N.T. una organización fuerte y responsable y que el futuro reclama de todos una serena reflexión y un renovado sacrificio si de verdad nos importa el desarrollo de nuestras ideas y la defensa y emancipación de los trabajadores.

MANUEL TEMBLADOR

Enero 1980.

INDICE

	Págs.
Prólogo	5
Capítulo I	11
Capítulo II	21
Capítulo III	30
Capítulo IV	42
Capítulo V	57
Capítulo VI	64
Capítulo VII	83
Capítulo VIII	95
Capítulo IX	111
Capítulo X	132
Capítulo XI	146
Capítulo XII	156
Capítulo XIII	163
Capítulo XIV	178
Capítulo XV	197

(viene de la solapa anterior)

«En el Sindicato Fraternidad Obrera aprendí a leer», nos dice. Y ya fue una entrega apasionada, absorbente, la que le llevó sin descanso a una actividad permanente en las luchas obreras, a un afán obsesivo de leer, de conocer, de superarse... Seguramente fueron muchas las veces que releó alguno de los libros prestados o los que, con el sacrificio común, los compañeros del Sindicato adquirirían para formar la Biblioteca.

Su joven militancia estaba ya marcada por la responsabilidad. En esa línea de actuación callada y perseverante, de firmeza y honestidad, sin aspiraciones de liderazgo, pasó el dramático episodio de la guerra y el no menos doloroso período del exilio. A pesar de su salud maltrecha por las hambres de la infancia, ha tenido una constante inclinación a escribir. Sus colaboraciones en la prensa libertaria han sido frecuentes; ha probado fortuna como autor y actor teatral, y ha participado activamente en la organización y relación de los compañeros cenetistas en el exilio.

Su idealismo supo desprenderse de dogmáticas dependencias y con serena reflexión estimuló el entendimiento y la armonía entre todos los miembros de la gran familia libertaria.

Estas páginas no tienen la cuidada redacción y el estilo afectado de una pretendida calidad literaria. Tampoco lo ha querido. Por eso el relato directo, sin falseamientos, brinda al lector un caudal de acontecimientos, de inquietudes y de ilusiones que dan testimonio a la importancia que en la historia tienen los hombres callados, abnegados y tenaces que, sin alardes, hacen cada día la revolución en sí mismos, como la mejor garantía de que puede ser alcanzada por toda la humanidad.

M. S.

El ejemplo moral es la mejor forma de propagar las ideas entre las masas productoras. De ahí que con el transcurrir del tiempo fuesen los campesinos andaluces los que mayor fuerza oponían a la opresión despiadada de los poderosos. Comprendieron los explotados que para defenderse y poder hacer frente con mayores posibilidades de éxito a los explotadores, debían organizarse, aunar fuerzas, coordinar las acciones y luchar por su emancipación y la de sus hermanos de trabajo; pudiendo gozar juntos del fruto de su esfuerzo. Con tal fin fueron creadas las Federaciones Campesinas, inspiradas en las ideas manumisoras de la Primera Internacional. Con tesón y grandes sacrificios llegaron los trabajadores del campo a conseguir una fuerza organizada que impuso respeto a los terratenientes y consiguió muchas mejoras económicas para los parias que todo lo producían. Ya más tarde, con la fundación de la Confederación Nacional del Trabajo, las Federaciones Campesinas ingresaron en la Sindical Obrera, que tanto prestigio y simpatía tuvo siempre, que tanto influía en la conciencia de los trabajadores que no se resignaban a seguir siendo esclavos.

En la C.N.T. se desconocían las remuneraciones, los cargos retribuidos; el llamado burocratismo que todo lo corrompe, era rechazado con fuerza y convicción. El trabajo del sindicato se hacía desinteresadamente, después de la jornada en el campo o donde fuese. El que aceptaba un cargo con el consentimiento de la asamblea abierta, sabía de antemano que debía cumplir abnegadamente, con voluntad y empeño, los acuerdos tomados por la mayoría de los reunidos.